

embajadores, á que cediera por dinero sus usurpaciones. A consecuencia de su negativa hizo preparativos de guerra. Fijó á sus vasallos la ciudad de Ginebra como punto de reunion, y les espuso el estado de opresion del pontífice, las tentativas hechas por Desiderio para encender la guerra civil en Francia, y por unanimidad quedó resuelta la expedicion en contra suya. No debía ser difícil el dirigirla sobre un país dividido entre diferentes poseedores, donde los griegos no tenían más que pretensiones, sin fuerza ni voluntad para sostenerlas; á donde los papas llamaban á los francos; donde los longobardos, desacordes entre sí, tenían además que defenderse contra el odio de los italianos.

Al que mira con diez siglos de posterioridad las vicisitudes de esta época, puede parecerle que nuestros padres erraron en no someterse completamente á los longobardos, lo cual hubiera dado á la Italia esa unidad á la que han debido Francia é Inglaterra, merced á la dominacion de los bárbaros, hacerse fuertes. Aun admitiendo que los que raciocinan de este modo adivinen lo que hubiera acontecido realmente en este caso, ¿qué justicia podía imponer á un pueblo, á una edad que procurara emanciparse de una opresion cruel, con la única esperanza de que vendría á ser germen de una felicidad en beneficio de los nietos?

Pero ¿hubiera sucedido esto? Y si apoderándose los longobardos de la península entera, hubieran llegado á extinguir los restos de la civilizacion romana, ¿cómo hubiera podido la Italia derramar su luz sobre toda la Europa? Si este poder moderador que se abrogó entonces la Iglesia, aun en las cosas temporales, no hubiera prevalecido sobre el derecho político inhábil y feroz de aquellos tiempos, hubieran podido reconquistar sus nacionalidades todos los demás puntos de Europa y de la misma Italia?

Nos sentimos poco dispuestos á cerrar los ojos sobre lo que ha sido para investigar lo que hubiera podido ser. Pero todo el que se fije en las miserias sucesivas de Italia, emanadas de acontecimientos demasiado terribles, de infamias y de violencias inscritas en la historia y en el libro de la ira de Dios como una expiacion ó una preparacion, trasládese á aquella época, y verá que no dejando caer la Italia bajo el yugo de los bárbaros, haciéndola en seguida centro del renovado imperio, se conservaron allí las instituciones antiguas y las mejores tradiciones del entendimiento y de la vida, las cuales purificadas produjeron en breve comercio, ciencias, civilizacion, libertad, y por último la gloria de haber sido maestra y modelo de las demás naciones. Ahora bien, ¿hubiera sido posible esta edad espléndida bajo la dominacion feroz y humillante de los extranjeros, aunque se hubiera logrado darle unidad?

Si la Italia no fué una en tantos siglos ¿quiere buscarse la causa en aquellos tiempos y en aquella dominacion? ¿No habia sido una bajo el mando del godo Teodorico? Y sin embargo no pudo sos-

tenerse. ¿Hubiera sobrevivido al fraccionamiento que el feudalismo propagó posteriormente por todas partes? ¿Hubiera resistido á los homicidas amores de los extranjeros cuando, en el siglo xvi llegaron franceses, españoles, húngaros, suizos, turcos, á saciar su ambicion y su codicia en ella mientras que desde Roma resonaba infructuosamente el grito de guerra del papa Julio II para que se espulsara á los bárbaros?

Sin hacer, pues, responsable á un pueblo de consecuencias remotas é inciertas de su conducta, creo que por el derecho eterno de la conservacion, el Estado romano, amenazado de caer bajo la servidumbre extranjera, pudo legítimamente defender su preciosa independencia, apoyándose en quien se la aseguraba. Además los longobardos no habian entrado en una senda capaz de dar por producto la reunion de toda la Italia. Aunque convertidos á la fe romana, les puso en lucha con el pontífice la ambicion de estender sobre otros países, sin más derecho que el de la conquista, el mal gobierno á que tenían sujeta la Lombardia, y siendo considerado el pontífice por los romanos como su representante, como defensor de sus derechos, y como el único que supo consolar á los oprimidos é intimar á los opresores que administrasen justicia, debía aumentarse entre los italianos el odio contra una nacion que respondia con amenazas y con el estruendo de las armas á las súplicas y á los consejos que el papa le dirigia. En esta lucha, diseminado el clero por todas partes para dulcificar los males que son patrimonio del vencido, consideraba como suyos los agravios hechos á su jefe y habituaba á los fieles á sentir la herida de ellos, como padecen los miembros á consecuencia de los golpes que recibe la cabeza.

En Francia se consolidó el poder real en virtud de la asociacion de los bárbaros con el clero, y formó de esta suerte el núcleo en torno del cual el tiempo y los sucesos condensaron los demás elementos sociales hasta llegar á constituir el poder nacional. Al revés en Italia, habiéndose divorciado la fuerza de la opinion, el poder político de la autoridad eclesiástica, ¿de qué manera hubiera sido posible aproximar vencidos y vencedores? Además, los reyes francos, más ambiciosos y fuertes, sometieron á diferentes principes por medio de la intriga, de la guerra y hasta apelando al crimen, á la par que entre los longobardos subsistieron constantemente los duques, pequeños soberanos en sus dominios, que muy lejos de dejar ejercer al rey aquella autoridad absoluta, que hubiera sido la única capaz de asegurar el éxito de expediciones emprendidas en comun, le consideraron siempre, no solo como el primero entre sus iguales, sino también como hechura de ellos.

Agréguese á esto, que por la energia de su carácter arrastraba Carlos al ejército y á los duques á decretar en las asambleas lo que á su voluntad cumplia, á proceder sobre el campo de batalla con la confianza ciega de personas que no hacen más

que obedecer á la voz de mando. Al revés, Desiderio se habia encontrado á su advenimiento al trono contrariado por la faccion de Raquis, que habia sofocado aunque no estinguido: empleando los diferentes duques sus respectivas fuerzas á medida de su antojo, se negaban á prestarle ayuda y hasta se entendian con sus enemigos. Por consiguiente, á falta de recursos bastantes y por miedo de ser vendido, debía mantenerse á la defensiva; y al paso que la política le aconsejaba no aguardar en sus hogares á un enemigo á quien habia provocado y aliarse con los sajones, de la misma raza que su nacion, tuvo necesidad de proceder con sumo tino y de maniobrar segun lo exigian el ataque y las maquinaciones exteriores.

Por el contrario, comprendió Carlos, á semejanza de todos los grandes hombres, lo que reclamaba su tiempo. En vez de ponerse en lucha con los sacerdotes, á la sazón omnipotentes, quiso fortificarse apoderándose de todas las fuerzas motrices de la sociedad y dirigiéndolas hácia el objeto que se proponia. Adelantábase, pues, ahora con un propósito determinado é irrevocable, no ya como Pepino para humillar y devolver su dominacion á los longobardos, sino firmemente resuelto á esterminarlos, puesto que no sabian estarse quietos.

Al paso que hemos visto caer á los godos, levantarse de nuevo, y aun casi deplorar su caída porque fué noble y generosa, hubo debilidad y cobardía en la de los longobardos, cuyos reyes juraban y perjuraban, llevaban siempre la peor parte en las lides, aceptaban el trono bajo condiciones dictadas por un soberano extranjero, y á semejanza de niños indóciles, se volvian á alzar arrogantes y soberbios, tan luego como se habia alejado de sus dominios aquel en cuya presencia habian humillado la frente.

La conquista de Italia costó á Carlos muy poca sangre: no tuvo que disputársela más que á los parciales poco fieles de Desiderio y de su denodado hijo y colega Adelquis. Este habia fortificado con tal acierto los desfiladeros de los Alpes, que los magnates francos empezaban ya á murmurar á causa de la tardanza que experimentaban en su empresa, más dispuestos, como lo ha sido siempre esta nacion, á perecer en ataques instantáneos que á vencer á fuerza de perseverancia. Carlos estaba para renunciar á su proyecto cuando un desertor ó un diácono, segun aseguran otros, llamado Martin, le indicó un paso no custodiado á través de inaccesibles rocas. Un puñado de francos á las órdenes del duque Bernardo, hijo natural de Carlos Martel, pasó por allí y atacó por la espalda á los longobardos, quienes poseídos de un terror pánico ó impedidos por la traicion, abandonaron sus inespugnables posiciones; y sin volver á mirar una sola vez de frente al enemigo, Adelquis se encerró en Verona, Desiderio en Pavia con la familia de Carloman y con Humaldo, el fugitivo duque de los aquitanios.

Carlomagno en Italia.—Contento Carlos de aquel

suceso inesperado, plantó su lanza en el territorio de Italia (774), y antes de que el enemigo hubiera vuelto de su consternacion, asedió á la vez las dos ciudades, apoderándose de ellas, ayudado por inteligencias con lo interior de la plaza. Adelquis consiguió fugarse á Constantinopla. Caído Desiderio en manos de su formidable enemigo, fué conducido á Francia con Ansa, su esposa, y encerrado en el monasterio de Corbia, donde acabó sus días. Humaldo fué apedreado por el pueblo enfurecido. De la familia de Carloman no se hace mencion ninguna.

Carlomagno en Roma.—Mientras aun oponia resistencia Pavia, se habia dirigido Carlos á Roma, donde recibió los honores otorgados anteriormente al representante del emperador. Nobles y magistrados le salieron al encuentro con los gonfalones, hasta treinta millas de distancia: se veian desplegar-se á lo largo de la via Flaminia las escuelas ó comunidades nacionales de los griegos, de los longobardos, de los sajones y otras de cualquiera nacion que fuesen, porque cada una tenia su barrio y se regia con arreglo á sus instituciones, en medio de aquella Roma habituada en otro tiempo á absorberlas á todas; y coros de niños celebraban con sus himnos, y llevando en sus manos palmas y ramos de oliva, al que *venia en nombre del Señor*.

Carlos, que era recibido allí no como un rey extranjero, sino como un patricio, trocó el vestido franco por la larga túnica y la clámide romana. Apenas vislumbró la cruz, se apeó del caballo y se encaminó á pie hácia el Vaticano (1.º abril): subió allí besando cada uno de los escalones del peristilo, en lo alto del cual aguardaba el papa Adriano, quien le estrechó entre sus brazos. Acto continuo, se dirigieron al altar uno junto á otro llevando el rey la derecha. Como solicitara entrar en Roma, el papa concibió al principio algun recelo de aquel huésped armado, si bien, tranquilizado en breve con sus promesas, le introdujo en el recinto de la ciudad, prodigándole los honores más solemnes. Carlos asistió allí á las tiernas ceremonias de Semana Santa, luego confirmó y aumentó la donacion de Pepino. El acta suscrita por Carlos y por los obispos, abades, duques y condes de su comitiva, fué colocada sobre el sepulcro de San Pedro y debajo del Evangelio que era costumbre besar.

Fin de los longobardos.—De esta suerte concluia el reinado de los longobardos después de haber durado más de tres siglos, en cuyo trascurso no llegaron á hacerse amar nunca, ni produjeron un solo hombre insigne, como los que se vieron nacer entre los demás bárbaros. Sin embargo, sobrevivió su nombre, puesto que Carlos se tituló rey de los longobardos (6). Aunque la primera vez que bajó

(6) Algunos añaden que se hizo coronar por el arzobispo de Milan, si bien no es probable que los reyes longobardos se inauguraran recibiendo la corona, y si entre-gándoles una lanza. Pablo Diácono cuenta que un cu-

á este país no se eximió de los males que comúnmente trae en pos de sí la guerra (7), refrenó prontamente los excesos de sus guerreros. Como no iba con una nación nueva, no tuvo necesidad de despojar á los antiguos propietarios: se limitó á poner en Pavia una guarnición franca, confirmando los feudos vacantes á muchos nobles de sus vasallos, y confirmando en la posesión de los demás y en sus dignidades á los señores á quienes encontró con esta investidura y que le juraron fidelidad.

No tardó en desagradar á los magnates longobardos aquella mano robusta que los tenía á raya. Arigiso, duque de Benevento, yerno de Desiderio, y, á pesar de esto, acorde con el papa en contra suya, organizó una trama para sacudir el yugo con Hildebrando, duque de Espoleto, Rotgaudo, duque de Friul, Reginaldo, duque de Chiusi, y Adelquis, que refugiado á Constantinopla, soñaba como todo rey caído, en volver á encumbrarse al trono. El papa Adriano, que tenía siempre abiertos los ojos sobre los intereses de su amigo y de su protector, advirtió de ello á Carlos, quien, antes de que los conjurados hubieran podido reunir sus fuerzas, invadió (773) el Friul, á la cabeza de voluntarios (pues era demasiado tarde para convocar á una expedición el ejército feudal), derrotó al duque que fué muerto, y colocó en su lugar al franco Marquardo, y luego á Enrique (Hunrok), cuyos descendientes conservaron este ducado hasta el año 924.

También los otros rebeldes fueron sometidos; y á fin de prevenir las rebeliones, fué modificada la administración y la jurisdicción, sirviendo de base el feudo al estilo de los francos. Fueron abolidos los duques, y sus posesiones divididas en distritos presididos por condes, y subdivididas, como anteriormente, bajo la dirección de los gastaldos y de los escultetos. Estendíase á todo el cantón el poder del conde, menos sobre las personas que dependían del rey inmediatamente; conducía á los habitantes á la guerra y los convocaba á las asambleas. Si parecían injustas las decisiones de los condes, se presentaba la queja ante el conde palatino, residente probablemente en Pavia, quien fallaba como representante del rey. Además se enviaban de vez en cuando *missi dominici*, para reparar los agravios é informarse del estado del país. Como acontece en toda conquista, lo mejor que había fué patrimonio de los señores francos, de tal manera, que del reino longobardo no quedó más que la legislación y el nombre, y aun la legislación fué modificada por las *Capitulares* de Carlomagno.

clillo fué á posarse sobre la de Hildebrando. Jamás se habla tampoco de la coronación de los Carlovingios, y el primer recuerdo cierto de este acto no va más lejos del año 888, cuando Berenguer fué coronado en Pavia.

(7) «Fué tan grande la desolación en aquellos días, que habiendo muerto unos al filo de la espada, otros de hambre y otros devorados por las fieras, apenas quedaba un pequeño número de habitantes en las aldeas y en las ciudades.» Crónica del eclesiástico Andrés, *ap. MURATORI*.

Quedó independiente el ducado de Benevento, refugio de los longobardos, que no pudieron resignarse á la dominación franca. Hízose ungir el duque Arigiso por su obispo, y tomando cetro y corona con el título de príncipe de la Nueva Longobardia (771), que sobrevivía á la antigua, procuró apoderarse alternativamente de alguna de las plazas pontificales de sus cercanías.

Carlos, irritado con las tentativas de este inquieto duque, cruzó por cuarta vez los Alpes y se adelantó amenazador contra Arigiso (786). Este obtuvo la paz, recibiendo á título de feudo su ducado disminuido en seis ciudades, que fueron concedidas á la Iglesia. Desde este momento se consideró vasallo del rey de los francos, comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 7,000 sueldos de oro, y entregó doce rehenes, entre los cuales se contaba su propio hijo Grimoaldo. Pero no refrenaron á Arigiso promesas y rehenes: envió á pedir á Constantino V, ó más bien á Irene, su madre, el ducado de Nápoles, la dignidad de patricio de la Sicilia y un ejército, prometiéndole reconocer la soberanía del emperador, hacerse afeitar la barba y adoptar el traje griego. Irritada Irene á la sazón contra Carlos, quizá por la repulsa de la prometida Rotrudis (pág. 353) admitió su proposición, y Adelquis, rey destronado de los longobardos, se dirigió hacia la frontera de Benevento para alentar los ánimos y regir el levantamiento (787). Mas habiendo muerto Arigiso mientras se elaboraban estos designios, Carlomagno confirió el ducado á Grimoaldo, su hijo, bajo la condición de dismantelar á Salerno y á Acarenza, de inscribir el nombre del rey de los francos al frente de todos sus actos y en las monedas, y á hacer cortar la barba de sus longobardos.

Muerte de Adelquis.—Adelquis no renunció por esto á su empresa: de acuerdo con el patricio Teodoro atacó á Grimoaldo, que fiel á Carlos, le dió batalla: en ella cayó Adelquis mortalmente herido (788), y con él murió la última esperanza de los longobardos.

Pepino rey de Italia.—Para consolidar el nuevo orden de cosas, llevó Carlos á Italia á Pepino, su hijo, de edad de cinco años, y habiéndole dado la investidura de este reino, hizo que le consagrara el papa Adriano, señalándole Pavia por residencia. De consiguiente, el reino de Italia ocupaba la parte superior de la península, dominada antes por los longobardos, y que solo entonces tomó el nombre de Longobardia. El país de los sabinos, que había pertenecido al ducado de Espoleto, fué asignado á los papas, además de la donación de Pepino. Estas comarcas conservaron sus instituciones propias como en tiempo de los emperadores griegos, y el gobierno municipal en las ciudades, administradas por decuriones bajo la autoridad del principal ó del duque. Muchas familias consulares y senatoriales ó patricias subsistían aun en Roma, donde ejercían grande ascendiente sobre el gobierno, aunque los papas nombraban á los duques y á los demás magistrados. Las cartas del papa Adria-

no demuestran que dirigía y velaba por el gobierno temporal hasta en los países no sujetos á la Santa Sede, por consecuencia de aquella confusión de poderes de que hemos hablado más arriba.

Los obispos de Ravena, que habían intentado, cuando se hallaba la sede del gobierno imperial en esta ciudad, emanciparse del papa en materias eclesiásticas, aspirando ahora á semejanza suya á una dominación temporal, solicitaron de Carlos que confiriera á esta sede la Marca de Ancona. Aunque no consintió en ello, su negativa no fué de tal índole, que les hiciera renunciar á toda pretensión. Mientras vivió Carlos, el arzobispo de Ravena tuvo bajo su jurisdicción, además de la ciudad misma, á Faenza, Forlì, Forlimpópoli, Cesena, Comacchio, Imola, Bolonia y otras ciudades, alimentando la idea de extender su autoridad sobre toda la Pentápolis (8). Para apoyar sus pretensiones empobrecía á la Iglesia, adulando á los reyes francos hasta el punto de permitirles trasladar á Aquisgram y á otras partes los ornamentos más notables de los templos de Ravena.

Baja Italia.—Sin embargo, todavía conservaban los emperadores de Constantinopla al Sur de Italia á Gaeta, Otranto, Amalfi, Nápoles, Sorrento, además de Sicilia, y por algún tiempo la Córcega y la Cerdeña. Encontrábase en Nápoles el gobierno en manos de un maestro de la caballería; en Sicilia, en las de un patricio, ambos nombrados, hasta el décimo siglo, por los emperadores griegos. Pero encontrándose en continuas luchas los habitantes de aquellas comarcas con los longobardos de los dos ducados meridionales, no supieron los griegos defenderlos de otra manera que dando cada vez mayor extensión á sus franquicias, lo que acabó por producir su entera emancipación.

Repúblicas marítimas.—En otras ciudades marítimas, germinaba también, bajo el nombre del imperio griego, la libertad que conviene á pueblos que, acostumbrados á la independencia del mar, estaban poco dispuestos á sufrir el despotismo en tierra. Quejábanse ya Gregorio Magno de las piraterías que se ejercían contra los súbditos del imperio por los pisanos, cuyo poder se aumentó después en el siglo ix. La soberbia Génova, situada á la falda de estériles montañas, bañada por un mar poco abundante en pescado y precisada á pedir á la navegación medios de existencia, al principio del siglo ix proveía ya á su seguridad; era regida por un gobierno sencillo, propio para defender las franquicias del pueblo, á hacerle afecto á la patria y á los negocios públicos.

Venecia.—Alcanzó Venecia en menos tiempo la grandeza; fué la primera que dió el ejemplo de un gobierno regularizado á las naciones modernas, y vivió mucho tiempo con muy pocas turbulencias interiores y hasta sin una guerra civil. Acabó soli-

taria y débil, dejando, no obstante, un recuerdo afectuoso entre aquellos mismos que le estuvieron sojuzgados, al paso que los orgullosos procuran no concederles ni siquiera compasión, este último derecho de la desgracia, difamándola, como el libertino que entrega á la befa y al desprecio á la mujer cuya deshonra ha causado. Antes de la invasión de los bárbaros contaba el país de los vénetos cincuenta ciudades y se extendía desde la Panonia hasta el Adda, del Pó á los Alpes Retios y Julios. Espuestas las primeras estas ciudades á las incursiones de los septentrionales, perdieron su propiedad; después redujo Atila á cenizas á Aquilea, Concordia, Oderzo, Altino, Padua. Los pueblos de la Euganea y de Venecia, que huían ante el azote de Dios, se refugiaron en la isla de Rivo-Alto, y los islotes circunvecinos (450). Pasado el huracán, muchos de ellos prefirieron este asilo seguro á su desolada patria. Eran los refugiados, como por lo común acontece en las emigraciones, aquellos que gozaban de más comodidades; trataron de procurarse el bienestar al mismo tiempo que se entregaron á las únicas industrias posibles en aquellas riberas, al comercio, á la pesca, á la extracción de la sal, al transporte de todo lo que bajaba por los ríos de Italia, ó debía remontarlos, con objeto de suplir á los trigos que ya no les proporcionaban los abandonados campos.

A la caída del imperio romano, después á la llegada de los godos, y aun tal vez más á la llegada de los longobardos, acudieron á unirse á ellos nuevos desterrados para sustraerse á la servidumbre. Era natural que los primeros no concediesen á sus nuevos huéspedes todos los derechos civiles y políticos; y de esta manera fué como se encontró formada una nobleza, no por el derecho de la sangre ó de conquista, sino en virtud de una posesión anterior. Cuando el Imperio existía ya tan solo en Constantinopla, la distancia aflojó los lazos que habían conservado con él; y sería difícil determinar hasta qué punto llegó su dependencia, con respecto á los sucesores de Zenon, que quizá se limitaba al homenaje, mantenido como título de defensa contra los vecinos y de privilegiado comercio con el Oriente.

Y como todas las naciones se resienten de su origen, por lo cual Roma fué guerrera, Esparta ruda, Atenas urbana, Florencia turbulenta, así los italianos conservaron en Venecia el recuerdo de su primitiva civilización con pocas armas, mucho comercio, é instituciones municipales como las que tenían en tierra firme. Al principio Heraclea, situada en la desembocadura del Piave y después Malamocco, isla que hoy no existe, fueron la residencia del gobierno, y comprendía las islas y el trozo de tierra firme que se extiende desde Grado hasta Cabeza de Dique. Se celebraban asambleas populares para tratar de los intereses comunes y nombrar á los magistrados anuales y un tribuno por cada una de las islas. De este manera se constituía entre ellos la libertad, sin la mezcla de san-

(8) *Cod. Carol. Ep. Adriani*, 53-54.

gre septentrional, reputada necesaria por algunos para rejuvenecer la raza italiana.

Ya en tiempo de Teodorico, saludaba Casiodoro a los venecianos como prácticos en la navegación de los mares y ríos. «Semejantes á aves acuáticas habeis esparcido vuestras casas en toda la superficie del mar. Por vosotros, tierras separadas se encuentran unidas; diques se oponen á la impetuosidad de las olas; la pesca basta á vuestro alimento y el pobre no es diferente del rico; las habitaciones son uniformes; no hay distancias entre las condiciones ni celos entre los ciudadanos; las salinas son vuestros campos.» (9)

El primer año del dominio longobardo (568), el patriarca de Aquilea, que se había engrandecido durante el cisma de los Tres Capítulos, se trasladaba de su destruida ciudad á Grado, y en el espacio de un siglo, fué imitado por la mayor parte de sus sufragáneos; fueron á establecerse uno á Cáprola, otro á Heraclea, otro en la isla de Torcelo, otro en la ribera de Medoaco, y otro, en fin, en Equilo. Y cuanto más insoportable se hacía el yugo longobardo sobre los italianos y especialmente sobre el clero, más se aumentaba la población de las seguras lagunas.

Los esclavones que habían ocupado la Dalmacia, entregados al pillage, y no encontrando botín en un país tantas veces saqueado, se dedicaron á la piratería. Tuvieron entonces los venecianos que oponerse á sus ataques reuniendo el valor á la industria (10). Cuando ayudaron al exarca contra Liutprando á recobrar á Rávena, Orso, á quien se debió esta victoria, se envaneció y aspiró á la tiranía, lo cual produjo una reforma en el gobierno, restringiendo la administración al principio á un solo tribuno, después á diez, á doce, á siete; en fin, los nobles, el pueblo y el clero reunidos, eligieron á un solo jefe, cuya autoridad, estendiéndose sobre todos, refrenase la ambición y la prepotencia (697).

Habiendo sido revestido con el poder Paolucio Anafesto de Heraclea, no como consecuencia de una usurpación tiránica, sino por amor á una libertad menos tumultuosa, dió principio á la serie de *duces*, magistratura suprema, y, sin embargo, templada de manera que ninguno de ellos pudo llegar á ejercer un poder despótico. Eran entonces nombrados vitalicios por el pueblo, y esto sin abolir los comicios ni el voto universal.

Cuando Carlomagno fundó el imperio occidental, firmó con el oriental una paz (804), con la que determinó los límites de este territorio: reservábase la Ostría, la Liburnia, la Dalmacia, y se hacía prestar el juramento de fidelidad de los duces de Venecia y de Zara. Violando este tratado el emperador Nicéforo, envió tropas á recuperar la Dal-

macia. Siguió pronto una tregua (807); más ésta fué rota por Pablo, duque de Zara y de Cefalonia, que ocupó los puertos de la Dalmacia, después ancló en medio de las isletas en que Venecia empezaba á engrandecerse é hizo una tentativa sobre Comacchio. Rechazado por los francos, procuró entablar negociaciones con Pepino, pero fueron contrariadas por Obelerio y Beato, duces, por temor de que la cesión de la república fuera el precio del tratado.

Viéndose Pablo rodeado de asechanzas, trasladó su escuadra á Cefalonia, y los venecianos quedaron espuestos á la venganza de Pepino, que estaba irritado contra ellos, porque le habían respondido cuando les había reclamado el juramento de obediencia: *No queremos ser súbditos (δούλοι) si no del emperador romano*; porque se habían negado á ayudarle en su expedición á Dalmacia, y porque, forzado por sus persecuciones el patriarca de Grado, había tenido que trasladar su silla á Pola. Habiendo vuelto Pepino sus armas contra ellos, tomó las islas de Grado, Heraclea, Equilo y Malamocco. Entonces prometió el dux, para salvar á Olivolo, Torcelo, Cáprola, pagarle un tributo anual. Imputando los venecianos esta sumisión á traición ó cobardía por parte de Obelerio, le desterraron á Oriente con toda su familia (809).

Facilitaron á Pepino las discordias interiores la conquista de Quiogia y Palestrina, desde donde echó un puente de barcas, hasta Malamocco, lugar entonces del gobierno. A propuesta de Angelo Participacio, toda la población se trasladó á Rialto, y el almirante Víctor de Heraclea dejó á los buques enemigos internarse en los bajos de las lagunas: después cuando la baja marea les impidió moverse, los venecianos les asaltaron con dardos y fuego, de suerte que con gran dificultad pudieron, cuando subió el mar, refugiarse destrozados y en desorden en el puerto de Rávena (11).

(11) La crónica veneciana de Martín de Canale habla extensamente de la expedición de Carlomagno contra Venecia, y de como entró en Malamocco, de donde huyeron á Rialto todos los habitantes. Hostigados sin cesar por los francos vinieron á las manos con ellos, y desde sus naves arrojaron contra aquellos una cantidad tan grande de panes que Carlomagno comprendió que no podría rendirlos por hambre. Fingiéndose traidora á su patria una mujer le presentó hombres que por pingüe suma fabricaron un puente flotante por el cual pasaría el ejército; pero lo habían dispuesto de manera que le perdieron y ahogaron la caballería. Abatido entonces Carlos quiso ver al dux; por lo cual entró en Venecia; y cuando navegaba por el sitio donde el agua es más profunda echó con toda la fuerza de su brazo un larguísimo estoque que empuñaba y dijo: «Así como este estoque que he arrojado al mar, no se os volverá á presentar, ni á mí ni á otra persona viva, así no haya en el mundo persona que tenga poder para dañar el dominio de Venecia; y al que os dañe, que le sobrevenga la ira y la malevolencia de Dios Nuestro Señor, como ha caído sobre mí y sobre mi gente.»

Esta victoria indemnizó á Venecia de las pérdidas experimentadas. Colocado Angelo Participacio á la cabeza del pueblo que había salvado, trasladó el gobierno á Rialto, é hizo construir una muralla para defender la entrada de la laguna, donde Quiogia, Malamocco, Palestrina y Heraclea, renaciendo de entre sus ruinas, formaron una corona al rededor del palacio del dux, con unos sesenta islotes reunidos por puentes; era como un símbolo de la unidad moral, de la que el país aguardaba su fuerza. Este grupo de islas recibió el nombre de la antigua patria y fué llamado Venecia; poco después consiguieron los venecianos robar de Alejandria el cuerpo de San Marcos, que después fué considerado como patrono de la ciudad. Un concejo y un santo,

tales son los elementos con que los italianos siempre compusieron su libertad.

No obtuvo más éxito la escuadra de Pepino contra la Dalmacia, lo que hizo que esta provincia permaneciese por los griegos. Sucediéronse las hostilidades y las negociaciones, hasta el momento en que el patricio Arsafio, recibió en Aquisgran de manos de Carlomagno el tratado de paz que cedía á los griegos la ciudad de Venecia, como también las de Trau, Zara y Espalatro. Esto era para el imperio griego una adquisición puramente en el nombre, al paso que estas ciudades se encontraban de esta manera libres de las renacientes inquietudes que les causaban las pretensiones de los francos.

(9) *Variarum*, 12, 24.

(10) *Dandolo, Cron.*, V, 7.